
EL RETABLO DEL RAPTO DE LA IGLESIA DE SAN IGNACIO (Bogotá)

*Por: Leonardo Ramírez Uribe, S.J.
Universidad Javeriana, Bogotá*

UBICACION HISTORICA

La construcción de la capilla, posterior a la de la Iglesia, seguramente se inició a fines del Siglo XVII. Hay evidentes divergencias de estilo con la Iglesia.

El siglo XVIII, fatal para la Compañía de Jesús, empezó con buenas perspectivas para los jesuitas neogranadinos. Hay motivos para pensar que contaban con muy buenos recursos económicos:

- En 1700 viaja a Lieja con el propósito de imprimir su obra *DE USU ET ABUSU DOCTRINAE DIVI THOMAE*, el Padre Juan Martínez de Ripalda. El libro apareció precisamente impreso en 1704.
- En ese mismo año de 1700 se inició, por cuenta de la Compañía, el trabajo de orfebrería más importante de la Colonia, probablemente en todos los dominios españoles: la fabricación de la famosa custodia llamada La Lechuga. La obra se concluyó en 1707.
- Uno de los ángeles de las pechinas de la antisacristía de la iglesia tiene la fecha en la cual fue pintado con sus demás compañeros de coro: 1704. Si se exceptúa el altar del Señor Caído, el de las Reliquias y el Altar Mayor, todos los demás pertenecen a la época del siglo XVIII.

Seguramente la llegada a Sanafé del escultor Pedro de Laboria, quien trajo consigo desde San Lúcar de Barrameda, su tierra natal, un precioso San Joaquín que vendió muy pronto a los jesuitas para su iglesia, estimuló el entusiasmo de éstos para contratarlo y darle un nuevo impulso a la decoración del templo, enriqueciéndolo con las tallas del más célebre escultor de la época virreinal en la Nueva Granada.

SITUACION

La capilla del Rapto está emplazada junto al costado izquierdo del altar mayor, llamado el lado del Evangelio, es decir, el sitio más digno de una iglesia, "orientada" según la forma ritual, con el altar situado hacia el oriente. Todo hace pensar que se trata de un sitio de excepcional importancia.

EL RAPTO

Al tallar Laboria, allí, el Rapto de San Ignacio, esculpió también su propia inmortalidad. Asombra su penetración en un acontecimiento de tan alto sentido espiritual.

Rapto, en el lenguaje místico, es una experiencia espiritual tan profunda que, quien la padece, pierde completamente el contacto con el mundo exterior, porque Dios embarga de tal manera a la persona, que la *rapta* para entrar en la plena posesión de todo su ser espiritual.

El autor destaca el ambiente en el cual ocurrió a Ignacio el rapto. A la derecha de quien observa, en el plano inferior, entre montañas, está el monasterio y santuario de Monserrat, de los padres benedictinos, donde Ignacio veló sus armas toda una noche, a la usanza de la época, para consagrarse caballero de María. Hizo luego confesión general de toda su vida durante tres días y salió de allí para Manresa, pasando por la ermita de Nuestra Señora de la Guía, que está pintada en el camino antes del río Cardoner.

Este río es importante para Ignacio: Junto a sus orillas hay una cueva. Durante unos diez meses se retiraba allí para hacer penitencia y oración. Del agua que lame el borde de la cueva, empezaron los primeros devotos del Santo a recoger en vasijas y así se originó la práctica de bendecir la comúnmente llamada Agua de San Ignacio.

Ignacio solía además habitar en el Hospital de los Incurables a quienes dedicaba varias horas del día, atendiéndolos y exhortándolos espiritualmente. La escena la observamos en el lado izquierdo inferior del retablo. Allí hay una inscripción latina que dice: *PE-TRUS LABORIA in urbe Sanctae Lucae Barramedae natus, faciebat Sancta Fide anno MDCCXLVIII* (Pedro Laboria, nacido en San Lúcar de Barrameda, lo hizo en Santa Fe en el año de 1748). Faltaban sólo diez y nueve años para que los jesuitas salieran desterrados de los dominios de Carlos III.

En el fondo se observa la baranda del coro de la Iglesia de la *seo*. En España y Portugal hay muchas ciudades que no son sedes episcopales y por lo tanto no tienen catedral; en ellas hay una iglesia principal en donde hay una *sede* (*seo* en castellano primitivo) desde la cual predica el Obispo cuando visita la ciudad. Ignacio se encontraba en el coro de dicha iglesia cuando experimentó el rapto. El mismo precisó al Padre Luis González de Cámara, su confidente, que había ocurrido en el coro mientras asistía al canto de las Vísperas. Tras la baranda está pintado el altar de Nuestra Señora de Aránzazu, patrona de Guipúzcoa, la tierra natal de San Ignacio.

Ignacio le contó al P. González de Cámara que durante aquel rapto había tenido una visión o intuición en la cual contemplaba a la Santísima Trinidad como un globo o como un ascua de fuego: En la parte superior del retablo se ve como un sol dorado y en medio de un triángulo blanco, símbolo de la Trinidad, el nombre de Dios en caracteres hebreos. El conjunto está rodeado por una gloria de diez ángeles simétricamente distribuidos y que simbolizan la antiquísima devoción llamada de los Diez Domingos en honor de San Ignacio.



*PEDRO DE LABORIA. El rapto de San Ignacio.
Bogotá (1748)*

Pero observemos el cuerpo de Ignacio: Está sostenido por un ángel, símbolo de lo sobrenatural. El rostro, las manos, los pies, son inexpresivos: Dios ha asumido por completo, se ha apoderado de la personalidad de Ignacio. El sayal de penitente está abierto en el pecho, como expresando una respiración anhelante; se alcanza a ver el cilicio de penitente.

VISION DE LA COMPAÑIA

En realidad lo que sabemos sobre el rapto de San Ignacio es lo expresado por el artista en este primer plano. Pero además, aunque no responde a la realidad histórica, pero sí a la concepción barroca del conjunto, Laboria interpreta el momento del rapto como si durante él San Ignacio hubiera tenido una visión de la Compañía de Jesús.

Detrás de la imagen yacente de Ignacio hay dos gradas: Recuerda la primera, el primer ensayo efímero que hizo en Barcelona de reunir algunas piadosas mujeres a quienes daba normas de vida espiritual. Esa etapa no dejó huellas en la vida del Santo.

En la segunda grada, en todo el centro del retablo y entre nubes, hay un ángel vestido de guerrero; tiene en el pecho el anagrama de la Compañía de Jesús y él mismo es la encarnación de lo que sería la futura orden: Una milicia al servicio de la Iglesia. Cabe, de paso, observar que sus alas están adornadas con plumas de aves tropicales, particularmente parecidas a las de nuestros papagayos; así lo manifiestan tanto los colores como la forma misma de las alas de éste y de todos los demás ángeles. Tiene en la mano derecha un libro abierto en el que se lee la frase de la carta a los efesios: *GLADIUS SPIRITUS QUOD EST VERBUM DEI* (La espada del espíritu que es la palabra de Dios); con la mano izquierda empuñaba una espada que hoy falta y que expresa el símbolo de lo dicho en el libro. Está de pie situado entre la tierra dividida en los dos hemisferios y detrás, en una cinta roja con caracteres dorados, se lee: *UNUS NON SUFFICIT ORBIS* (No es suficiente un solo mundo), que expresa las conquistas espirituales de los jesuitas. Con el pie derecho pisa los libros que tienen en el lomo el título respectivo: *HAERESSES LUTHERANA — HAERESSES CALVINIANA* (Herejías de Lutero — herejías de Calvino) porque la Compañía emprendería fuertes combates contra ellas. El otro pié lo sienta sobre la nube, símbolo de lo sobrenatural.

Además de ser la Compañía una milicia, sería una orden religiosa de sacerdotes como lo significa el ángel de la derecha (más pequeño) que está en actitud de caminar y de entregar a quien se las reciba unas vestiduras clericales. Este tiene ambos pies sobre la nube.

Un tercer ángel, más pequeño aún, el más cercano a Ignacio, pisando la tierra, fuera por completo del orden espiritual, retira y trata como de esconder un gran sombrero y una capa que hoy son negros pero que inicialmente fueron rojos, cuando los pintó Laboria. Son un capelo y una capa cardenalicios, porque la Compañía debería estar por completo alejada de toda tentación de dignidades eclesiásticas.

El fin de la Compañía será elevadísimo: Lo expresa el ángel que, al lado izquierdo, tiene una luz encendida en la mano izquierda, luz que se refleja en el único fondo oscuro que hay en todo el retablo: *ILLUMINARE HIS QUI IN TENEBRIS ET IN UMBRA SEDENT* (Iluminar a quienes están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte). Obsérvese cómo los rayos de la luz se dirigen hacia el mundo que deben conquistar.

Otro ángel sustenta sobre sus hombros el escudo con el anagrama de la Compañía en forma de escudo de guerra, y, a su derecha, otro tiene en la mano derecha una corona de laurel, símbolo del premio que alcanzarán quienes cumplan con el fin que se han propuesto al ingresar a la Compañía.

Todavía en un nivel más alto se destaca la meta de toda la actividad de los jesuitas: Está en otro libro, en cuyas páginas blancas, sostenidas por un ángel que trata de introducirlo lo más que pueda al coro de los diez ángeles de la gloria, se lee el lema de la futura Compañía: *AD MAIOREM DEI GLORIAM* (Para mayor gloria de Dios).

Toda esta escala ascendente de ángeles remata con un Serafín de seis alas, símbolo de la contemplación, porque la Compañía debe ser contemplativa en la acción. Esa vida forjada en el amor y en la oración hará que Dios fecunde sus trabajos: De entre una nube —símbolo de la divinidad— salen cuatro trompetas en dirección de los cuatro puntos cardinales. De entre ellas sale una leyenda: *IN OMNEN TERRAM EXIVIT SONUS EORUM* (Por toda la tierra se difundió su sonido).

En otra leyenda en caracteres dorados sobre azul se lee: *SOCIETAS FIDEM TOTO ORBE DIVULGAT* (La Compañía divulga la fe por toda la tierra). Esa continua predicación del Evangelio llevará a recoger los mejores frutos: Muchos jesuitas recibirán como paga, la palma y la corona de los mártires. Obsérvese que el ángel de la parte superior derecha sostiene una guirnalda de flores en la mano derecha y la palma del martirio en la izquierda; el de la parte inferior, tiene la palma del martirio en la mano derecha y una corona de laurel adornada con frutas rojas, en la mano izquierda. También a éstos el martirio los llevará a alcanzar la plenitud de la contemplación, expresada aquí reduplicativamente por dos serafines de seis alas.

El conjunto de la obra de Laboria está enmarcado por dos columnas salomónicas y en la parte superior está de nuevo, en campo azul, el escudo de la Compañía, que ya no es simbólico sino ornamental.

Por encima de todo está el cuadro de la Sagrada Familia del pintor flamenco Antonio Van Dyck. Recuerda un episodio que narra uno de los primeros escritores de la Compañía. Unos novicios que iban en peregrinación, cumpliendo con una de las pruebas que San Ignacio había impuesto a los candidatos a ingresar a la Compañía, apurados por el hambre y la sed se vieron repentinamente ayudados por un matrimonio a quien encontraron en el camino y que llevaba un niño de brazos. Al preguntarles quiénes eran, los novicios dijeron que pertenecían a la Compañía de Jesús y la pareja con el niño se dieron a conocer como Jesús, José y María, quienes a su vez les dijeron: "Nosotros fundamos la Compañía de Jesús".

EL RESTO DE LA CAPILLA

A lado y lado de esta obra monumental del arte barroco, a menos de un metro, hay dos nichos enteramente vacíos. Quizás la capilla quedó sin concluir y me atrevo a pensar que los nichos estuvieran destinados para otros dos altares en los cuales se tallaran de una manera tan plástica como en el altar del Rapto, que acabo de explicar, las dos meditaciones fundamentales de los ejercicios de San Ignacio: *EL REY TEMPORAL* y *LAS DOS BANDERAS*, que encarnan todo el espíritu que el Fundador imprimió a la Compañía de Jesús.

